Índice general

Bloque I: Cuestiones previas

% Índice general

% Introducción

- ¿Qué es esto?
- ¿A quién va dirigido este material?
- ¿Cómo lo podemos utilizar?
- ¿Quiénes son los autores?

% Capítulo 1: El carisma dominicano

- ¿Qué es para los cristianos el carisma?
- ¿Cuántos carismas puedo escoger? ¿Cuál es el mejor?
- ¿Cuáles son los puntos claves del Carisma Dominicano?
- ¿Qué podemos decir de cada uno de estos pilares?
- ¿Es lo más importante la predicación?

% Capítulo 2: La vocación

- ¿Qué es la vocación?
- La vocación como relación del hombre con Dios
- La vocación cristiana
- Vocaciones dentro de la Iglesia
- El sacerdocio: vocación y misión de todos los seglares
- Diferencia entre sacerdocio y sacerdocio ministerial
- El cristianismo es la vivencia de una persona

Bloque II: Cuestiones dominicanas

% Capítulo 3: La Predicación

- La urgencia de la evangelización y el ministerio de la predicación
- El ministerio de la predicación en el centro del proyecto fundacional
- Características fundamentales de la predicación dominicana
- Algunas reflexiones sobre la predicación dominicana y sus desafíos en la actualidad
- Para la reflexión personal

-] Para la reflexión por grupos

% Capítulo 4: El Estudio

-] ¿Sigue siendo válido el ideal de la verdad?
-] El estudio en el proyecto fundacional de Domingo. Memoria de los orígenes dominicanos
-] Algunas reflexiones sobre el presente y el futuro del estudio en la Orden de Predicadores
-] Para la reflexión personal y en grupo

% Capítulo 5: La Compasión

-] Tres observaciones de alerta
-] Presupuestos para la compasión dominicana hoy
-] Los tres modelos de relación con el mundo: ¿Por dónde nos llegará la compasión?
-] ¿Desde dónde contemplar y relacionarse con el mundo para iniciar una historia de compasión?
-] Lugares de compasión: situaciones y víctimas
-] El verdadero rostro de la compasión, o cómo estar junto a las víctimas
-] Para la reflexión personal y en grupo

% Capítulo 6: La oración y contemplación

-] Introducción
-] Santo Domingo y la oración-contemplación
-] La oración y contemplación dominicanas, hoy
-] Conclusión
-] Para la reflexión personal y en grupo
-] Taller de oración

% Capítulo 7: La comunidad dominicana

-] Comunidad dominicana: contemplación de tus hermanos
-] Santo Domingo y la Comunidad
-] La Comunidad Dominicana hoy

Bloque III: Movimiento Juvenil Dominicano

% Capítulo 8: ¿Qué es el M.J.D.?

-] Algo de historia
-] Características fundamentales
-] Movimiento Juvenil Dominicano Internacional
-] Para la reflexión personal y en grupo
-] Dinámica 1: Nuevas casas de predicación
-] Dinámica 2: El perfume de la predicación

% Capítulo 9: Estatutos y “Vision Statement”

-] Estatutos del Movimiento Juvenil Dominicano
-] “Vision Statement” del IDYM

Introducción

¿Qué es esto?

Entre tus manos tienes el Material de Formación del Movimiento Juvenil Dominicano (M.J.D). Tras muchos esfuerzos y varios intentos, por fin lo hemos conseguido.

¿Por qué tan ansiado? Muy sencillo: porque veíamos la necesidad de un material de formación común. Unas pautas, por supuesto en clave dominicana, de las que partir, unas líneas comunes sobre las que reflexionar y seguir cimentando nuestras vidas, para continuar predicando el Evangelio de Jesús, tal y como hizo nuestro padre Domingo. Conscientes de que a través de la vida se llega con más fuerza y cercanía a otros jóvenes, y por tanto poniendo la vida en ello.

Quizás encuentres que en este material hay una gran diversidad de estilos, enfoques, planteamientos... No es casualidad. Es un material que ha sido elaborado por muchas personas, que, con sus aportaciones y trabajo, han intentado que la riqueza y la vida de la Familia Dominicana esté presente en él. Gracias a todos ellos.

Queremos agradecer también a Felicísimo Martínez O.P el habernos cedido algunos de sus textos para poder trabajar y reflexionar en torno a ellos. Esto nos llena de alegría pues han sido una referencia para nosotros durante estos años.

Muchas Gracias.

¿A quién va dirigido este material?

% A los distintos grupos de M.J.D: os proponemos que sea una guía, un apoyo en el caminar del grupo, un punto de encuentro de todos los grupos, sobre todo para los más recientes.

% APJ´s: También pretendemos sea de ayuda a los agentes de pastoral juvenil, y les abra nuevos caminos a la hora de llegar a los jóvenes a los que acompañan.

% A toda persona interesada que se acerca al carisma dominicano como puerta abierta a Dios Padre.

¿Cómo lo podemos utilizar?

A lo largo de este texto encontrarás numerosos contenidos que pueden servirte para tu formación personal. Sin embargo, no fue hecho con ese fin. El mayor potencial de este libro lo descubrirás trabajándolo

y compartiendo la reflexión en grupo. Para ello, encontrarás dinámicas y preguntas que esperamos que te sirvan para hacer de la formación un proceso comunitario.

El material se inicia con unas cuestiones previas, una reflexión sobre quiénes y cómo somos y de qué manera nos situamos en el mundo y en la Iglesia.

Después se presenta el carisma dominicano, los distintos pilares (el estudio, la oración y la contemplación, la compasión, la comunidad y la predicación) seguidos de unas pautas para el trabajo en grupo y/o la reflexión personal.

Finalmente hacemos memoria de lo que ha sido hasta ahora el MJD y de sus características principales.

¿Quiénes son los autores?

A continuación detallamos las personas que han escrito cada uno de los capítulos de este libro:

- *Lucas López* (Introducción).
- *Antonio García* (Capítulo 1: El carisma dominicano).
- *Javier Espinosa* (Capítulo 2: La vocación).
- *Felicísimo Martínez* (Capítulo 3: La predicación; Capítulo 4: El estudio; Capítulo 5: La compasión; exceptuando los apartados de "para la reflexión personal y en grupo").
- *Olivia Pérez y Ana Belén Cuenca* (Capítulo 3: La predicación, apartado "para la reflexión personal y en grupo").
- *Vicente Botella* (Capítulo 4: El estudio, apartado "para la reflexión personal y en grupo").
- *Maite Moreno y Lara Anthony* (Capítulo 5: La compasión, apartado "para la reflexión personal y en grupo").
- *Comunidad de Dominicas Contemplativas del Monasterio "Sancti Spiritus" de Toro* (Capítulo 6: La oración y contemplación; exceptuando apartado "para la reflexión personal y en grupo").
- *Sotero Alperi* (Capítulo 6: La oración y contemplación, apartado "para la reflexión personal y en grupo").
- *Javier de la Morena y Marisa Hernández* (Capítulo 7: La comunidad dominicana).
- *Lola Bueno y Nacho Peiro* (Capítulo 8: ¿Qué es el MJD?).
- *Lorena García y Begoña Maderuelo* (Glosario).

Esperamos vuestras sugerencias y todo lo que se os ocurra para mejorar estas páginas, no dudéis en hacérnoslo llegar.

Ojalá no defraudemos a nadie, y se cumplan todas las expectativas puestas en este libro; si para que se cumplan basta con las ganas e ilusión de todos cuantos han trabajado en ello a lo largo de estos años, seguro que nadie quedará decepcionado.

Una vez más gracias a todos los que han trabajado para que este material esté en tus manos.

CAPÍTULO 1

El carisma dominicano

Antes de entrar de lleno a dialogar sobre el "carisma dominicano" convendría tener en cuenta alguna cosilla previa...

¿Qué es para los cristianos el carisma?

La mayor parte de las veces carisma es sinónimo de "estilo" o "talante". Normalmente, cuando hablamos de carisma nos referimos a una forma de seguir a Jesús. Así pues, el carisma dominicano es la forma de seguir a Jesús que tuvo Sto. Domingo de Guzmán, y muchos de nosotros nos sentimos llamados a un seguimiento de Jesús de forma similar.

¿Cuántos carismas puedo escoger? ¿Cuál es el mejor?

Debemos tener bien claro que hay muchos estilos y que todos son igualmente válidos cuando nos conducen en el seguimiento de Jesús. De igual forma que hay muchas tácticas que puede elegir un entrenador de fútbol para conseguir la victoria en un partido, el cristiano escoge un carisma o estilo de vida en su seguimiento del mensaje de Jesús; este estilo de vida vendrá determinado tanto por nuestra experiencia de Dios como por las experiencias humanas que día a día nos permiten discernir nuestra vocación; esto es, aquello a lo que creemos que estamos llamados a hacer en la vida.

¿Cuáles son los puntos claves del Carisma Dominicano?

No vamos a decir nada nuevo al enumerar los pilares o soportes básicos de la vida dominicana; pero vamos a intentar dar una visión integrada en un conjunto.

Vamos a hablar un poquito de:

- Misericordia
- Búsqueda de la Verdad
- Oración
- Estudio
- Vida en comunidad
- Predicación.

El cristiano que desea seguir la forma Dominicana de vida orienta su vida hacia la *predicación* del

evangelio tras experimentar la *misericordia* de Dios y compartir la propia con los demás miembros de la *comunidad*; que es la que le apoya, anima y envía al mundo a llevar la compasión con los que sufren.

Esta lucha por la justicia en el mundo se ve apoyada no sólo por la *comunidad*, sino que son también necesarios la *oración* constante y el *estudio* para que el dominico esté siempre al tanto de los acontecimientos del mundo y sea capaz de juzgarlos con espíritu abierto y crítico, que le lleve siempre a *buscar la verdad*.

Pero digamos algo más sobre cada uno de estos "pilares"; vamos a dar unas leves pinceladas a cada uno de ellos.

¿Qué podemos decir de cada uno de estos pilares?

Por *MISERICORDIA* no debemos entender "pena" o "lástima"... Ser misericordioso es mucho más: es saber ver y acoger a los hombres tal y como son, con sus virtudes y sus defectos; pero no sólo a unos pocos hermanos; sino involucrándose en la historia del mundo para acogerla y acompañarla en el camino de salvación que Dios le ha reservado.

Como consecuencia el dominico se ve impelido a *PREDICAR* la buena noticia del evangelio de Jesús allá donde se encuentre, denunciando y corrigiendo, especialmente todas las situaciones de injusticia y sufrimiento que encuentre; pero celebrando y acompañando al mismo tiempo los logros y éxitos de los hombres.

Por lo tanto la *BÚSQUEDA DE LA VERDAD* se convierte en una necesidad evangélica; pues el dominico se ve obligado a discernir las causas de la marginación y la injusticia en el mundo para poder denunciar y corregir la injusticia. No basta acoger y consolar al que sufre; se impone además buscar la raíz de su sufrimiento y dar soluciones a su problema. Además si el dominico se exige aceptar y celebrar las bondades del mundo tiene que tener un espíritu autocrítico para saber reconocer esa virtud y esa verdad 'venga de donde venga', que le tiene que llevar muchas veces a hacer evolucionar sus convicciones según el devenir de los tiempos.

Todo este dinamismo y espíritu de búsqueda se tienen que sustentar a partes iguales en los otros tres pilares que faltan por enunciar; pues...

¿Cómo estar al día del devenir del mundo? ¿Quién me apoya y me anima en mi misión evangelizadora? ¿Cómo discernir la voluntad de Dios y la misión a la que me llama?

Llega el momento de hablar de la *CONTEMPLACIÓN*. Cuando hablamos de *CONTEMPLACIÓN* se debe entender nuestra búsqueda de Dios, que lleva al encuentro del hombre con el Dios que sale al encuentro del hombre y lo acepta como es con sus aciertos y fallos, con sus defectos y virtudes, y nos enseña a aceptar de igual forma a nuestros hermanos, los hombres y a descubir el rostro de Dios en ellos y en nuestra vida diaria.

Se puede y se debe buscar a Dios de muchas formas y en muchos sitios. Como seres creados que somos estamos formados por materia y espíritu y ambos conforman nuestra naturaleza humana; y cultivando ambos tenemos que ser capaces de encontrar a Dios, tanto en nosotros como en el mundo, tanto en nuestra experiencia de fe como en nuestro conocimiento humano.

Así, cuando contemplamos el rostro de Dios y dialogamos con Él, lo llamamos *ORACIÓN*. Pero también podemos y debemos contemplar las ciencias y saberes buscando las huellas de Dios en el pensamiento, entonces hablaremos de *ESTUDIO*. Por último si la contemplación se dirige a nuestros semejantes buscando en ellos el rostro de Dios, y pasan a ser nuestros hermanos, entonces hablaremos de *COMUNIDAD*.

Mediante la *ORACIÓN* nos encontramos con Dios, le escuchamos y le presentamos las inquietudes de nuestro mundo y las nuestras; al mismo tiempo que aprendemos a dialogar con Él, a interpelarle y a dejarnos interpelar por Él.

Por el *ESTUDIO* analizamos la realidad, saciamos nuestra natural necesidad de conocimiento y de búsqueda de respuestas, y aprendemos a acercar a Dios a las necesidades del mundo.

Es por último la *COMUNIDAD* de los hermanos la que acoge, acompaña y anima al cristiano/dominico en su búsqueda y *PREDICACIÓN* diaria. Esa *COMUNIDAD* que nos enriquece y se deja enriquecer por nosotros, fiel reflejo de la pluralidad y diversidad del mundo.

Al final volvemos a hablar de la *PREDICACIÓN*; esto es así porque es la natural consecuencia, para el dominico, de toda vida cristiana y es hacia donde se encaminan todos los demás aspectos de su carisma. Ahí compartimos nuestra vida; llevamos a los demás nuestra experiencia de Dios enriquecida por nuestra *CONTEMPLACIÓN*.

Sin embargo ahora nos podríamos preguntar...

¿Es lo más importante la predicación?

No podemos dejarnos engañar por las apariencias o pensar que en nuestro carisma no hay nada más que lo que se ve.

Tenemos que tener presente que todos los elementos del carisma aportan y sustentan nuestra *predicación* y que ésta, en la medida en que es reflejo de nuestra vida como cristianos comprometidos, se ve enriquecida y modelada por cada uno de ellos.

Así, la *oración* permite que la predicación sea escuchada desde los mismos labios de Dios y vivida junto a Él y al mismo tiempo encarnada en el mundo, haciendo llegar la buena nueva de Jesús a cada ser humano, respetando su libertad y su singularidad cultural. Porque...

¿Cómo transmitir nuestra experiencia de Dios sin orar, esto es dialogar con Él?

De igual forma es necesario *estudio*, no sólo de las llamadas ciencias sagradas, sino de las ciencias humanas, pues todas se han de poner al servicio de la *predicación*; consiguiendo así que ésta se ajuste al devenir de los tiempos, sepa leer las necesidades e inquietudes de los hermanos y sea lo suficientemente creativa como para poder llevar el Evangelio a todos los rincones del mundo. Porque...

¿Cómo buscar la verdad en el mundo sin conocer sus virtudes? o ¿Cómo denunciar sus injusticias sin conocer sus causas?

Para terminar, la *comunidad* es el punto de referencia del cristiano, en ella se comparte la vida y es

ella la que nos envía y acoge. Gracias a ella somos capaces de experimentar la *misericordia* de Dios y podemos llevarla a nuestros hermanos. Pues...

¿Es una casualidad que hayamos vuelto a hablar de misericordia ...?

CAPÍTULO 2

La vocación

¿Qué es la vocación?

La vocación es una llamada, un destino y un futuro. Preguntar por la vocación de algo o de alguien es preguntar qué destino tiene y a qué futuro está llamado. La vocación se orienta eminentemente hacia el futuro; debe realizarse en el presente, pero como apertura y oportunidad de futuro. Por eso la vocación es una tarea que ha de realizarse constantemente. En la raíz de la palabra vocación está la palabra "voz". ¿Cuál es la voz que se hace oír en el interior de la vida del hombre y del mundo y que constituye su canto esencial y el sentido profundo del mundo y del hombre? ¿A qué son llamados y convocados?

Toda la creación está llamada por vocación hacia Dios, a fin de formar con Él una radical unidad dentro de la riqueza de las diversidades, con mucha más razón lo estará el hombre, punto culminante de la creación. ¿Cuál es la vocación última del hombre? ¿A qué futuro está llamado? El hombre está llamado a ser totalmente él mismo, por la realización de todas las capacidades latentes en su naturaleza. Está constituido como nudo de relaciones dirigido hacia todas las direcciones, hacia el mundo, hacia el otro y hacia el Absoluto.

Dios podría haber creado a los hombres en comunión con él, y haberlos asumido a todos. Ya no sería necesario el tiempo. Podría haber realizado todo en la eternidad, constituyendo algo así como "el cuerpo de Dios". Pero no lo quiso así. Quiso una larga historia de libertad humana en la que también se diese la posibilidad de libre participación del hombre o de negación. Dios se insertó en esa misma historia. Quiso la vocación transcendental y escatológica del hombre, pero la situó al final de un largo y doloroso proceso histórico. En ese proceso el hombre fue invitado a participar del mismo acto creador de Dios. Él deseó que, de alguna manera, cada uno mereciese y conquistase el ser Dios-humanado o bien hombre-divinizado.

La vocación transcendental y última llega, por consiguiente, mediada por otras vocaciones históricas. Al fin último están subordinados fines penúltimos; con otras palabras, podemos decir que el fin último del hombre se va realizando paulatinamente en este mundo. La vocación definitiva y fundamental del hombre se concretiza en las vocaciones temporales y terrenas. Sin embargo ninguna vocación terrena agota y realiza plenamente la vocación última. Cada una de ellas ha de estar abierta a esta última y permitir que se exprese cada vez con más plenitud.

Por eso el mundo y el hombre presentes no son todavía lo que Dios quiso de ellos. Se está gestando en la ingente placenta de la historia-proceso, que asciende y converge hacia Dios. El hombre que se niega al crecimiento humano y que no quiere evolucionar en todas sus dimensiones se está cerrando a su vocación, a la llamada de Dios que se hace sentir en los dinamismos del mundo y de su propio ser. Vive en una situación de cerrazón a un crecimiento hacia Dios y hacia la globalización de las relaciones con la realidad. Se cierra a una vocación última y se aferra a una vocación pasajera correspondiente a una fase del proceso de ascensión a Dios. Hace de lo relativo un absoluto, de un estadio de la historia, el fin de la historia. Eso es lo que constituye, en una perspectiva global, lo que tradicionalmente se ha llamado el pecado mortal, es decir, el que lleva a una segunda muerte como absoluta frustración humana.

Fundamentalmente podemos decir que cualquier vocación terrena es buena con tal que se mantenga abierta a la vocación transcendental y escatológica. Lo decisivo y absolutamente imprescindible es situarse en camino hacia Dios. Todo lo demás, las formas, las articulaciones históricas y las diversas vías, son relativas. La fe nos dice que esas mediaciones históricas constituyen la forma concreta bajo la cual puede aparecer la vocación definitiva y realizarse dentro del tiempo. Lo importante es que se realice. Relativas son las formas concretas que puede asumir dentro del proceso histórico: religioso, laico, sacerdote, docente, abogado, obrero, empresario, etc...

Por si acaso, deseo evitar confusiones innecesarias. Cuando se dice que las vocaciones terrenas son relativas, lo decimos para expresar su diferencia respecto a la vocación absoluta. Pero relativo no quiere decir sin importancia y sin valor. Las vocaciones terrenas son de extrema importancia, porque suponen la encarnación de la vocación absoluta en el tiempo y en la historia. Esa encarnación concreta hace presente, pero no agota, toda la realidad de la vocación absoluta.

El hombre lo puede ser todo en este mundo, pero sólo en el amor radical se realiza el hombre (1ª Corintios 13). Sólo existe un "único necesario": penetrar en Dios y ser uno con Él. Los caminos que conducen a eso son muy variados. Compete a cada uno discernir y percibir cuál es el camino por el que puede caminar mejor y de qué capital dispone para hacer un buen negocio (Mt. 25, 14-30; Lc. 19, 11-27). Estando de camino no nos podemos instalar en ninguna morada definitiva. Todo ha de ser relativizado en función de la vocación última que se ha de conseguir ineludiblemente. Hasta la Iglesia cae bajo esta reserva; no es todavía el Reino ni el mundo definitivo; es el "Ya pero todavía no".

Hasta ahora hemos considerado especialmente la vocación definitiva del hombre. Pero ¿cómo habrá de vivir el hombre dentro de la historia y en la tierra de tal forma que no pierda su destino futuro y eterno?

Hay una vocación terrena fundamental del hombre que éste ha de realizar por el mero hecho de ser hombre. La primera vocación del hombre terreno consiste en ser hombre. El hombre realizará su humanidad sólo si se mantiene constantemente en relación con la totalidad de la realidad que está en él mismo y con la que lo rodea.

En el relato del Génesis encontramos ya expuestas las tres características principales del hombre terreno:

1.- El hombre es un ser llamado a dominar la naturaleza y a ser su Señor.
2.- El hombre es un ser llamado a convivir con otros y a ser su hermano.
3.- El hombre es un ser llamado a adorar a Dios y a ser hijo.

El hombre perfecto e integrado es el que realiza esas tres dimensiones. En eso consiste su vocación fundamental. Esa vocación está llena de tensiones difíciles. El hombre está situado entre Dios y el mundo: frente al mundo como Señor, frente al otro como hermano y frente a Dios como hijo.

El hombre no se debe dejar dominar por nada en el mundo, ni por las necesidades biológicas, ni por las mundanas, ni por el aparato técnico e institucional que él ha creado. No se debe ocupar tanto del mundo que olvide al otro y a Dios; como tampoco debe ocuparse de Dios y de las cosas divinas hasta tal punto que llegue a olvidarse de sus obligaciones para con el mundo y con el hermano.

Tampoco han de ocuparse de los hermanos de tal suerte que se desequilibre su relación con Dios y con el mundo. Encontrar en ello el justo término y la armonía, es la vocación humana a realizar continuamente.

El amor indiscriminado, a todos, tal como lo predicó Jesús, se sitúa en esa línea de integración y

reconciliación de todos con todos, hasta con los enemigos y verdugos (Mt. 5, 44-45; Lc. 23, 34).

El hombre se enseñorea de la tierra trabajándola. El trabajo es "una inversión de espíritu en la materia", en el sentido de transformación de esa materia en paisaje humano y fraterno. El hombre está llamado a liberarse de las esclavitudes que le impone la naturaleza. El hombre asume en sus manos su propio destino; no quiere depender de nadie ni de ninguna instancia superior en la explicación y dominación del mundo. Por eso intenta racionalizarlo todo y someter el cosmos a un proyecto prefijado por él. Poder es creación de instrumentos técnicos de control y dominio de la realidad.

La Biblia no considera que eso sea un mal, sino que, por el contrario, lo considera la vocación terrena del hombre. Sin embargo, el hombre no debe ser únicamente señor. Debe ser también, y simultáneamente, hijo y hermano. Debe saber que su poder es recibido, que vive en una constante referencia a Dios. Dios está en el origen de todo poder y es la fuerza que impulsa al hombre a dominar. Por eso debe hacerlo no como un señor despótico, sino como un señor responsable, como un hijo que sabe administrar bien la herencia recibida del padre.

La Biblia sitúa al hombre como un oyente de la Palabra de Dios. Su situación fundamental es la del que está a la escucha permanente y la del que recibe constantemente el ser de su relación con el Transcendente. Su posición fundamental es dialogal, por eso es más relación que ser. El diálogo supone y exige la libertad. El hombre vive de esa libertad ante Dios. Puede establecer una alianza con él o cerrarse y crear su universo de significados sin Dios.

La vocación como relación del hombre con Dios

Todas las reflexiones anteriores tienen por objeto poner de relieve las múltiples dimensiones de la vocación del hombre, llamado a ser señor, hermano e hijo. Si ahora reservamos esta palabra vocación para expresar la relación específica del hombre con Dios, no pretendemos con ello insinuar que las dimensiones del hombre que tienen como meta la tierra o el hermano no estén incluidas en el concepto de vocación. Todo forma parte de la vocación humana integral. Y sin embargo la explicación de la relación del hombre respecto de Dios puede ser llamada vocación por excelencia. Por eso reservamos el término para este ámbito y lo tomamos en su sentido específico: Dios llama (vocaciona) y el hombre escucha y sigue la vocación de forma consciente.

Podemos decir que la vocación radical del hombre ante Dios es la de ser hijo, en el sentido más profundo del significado de esta palabra. No sólo el cristiano bautizado es hijo de Dios. Jesús reveló el carácter filial de todos los hombres, ya que Dios es Padre de todos, y ama a todos, buenos y malos, como a sus hijos queridos (Mt. 5, 45).

Dios sigue esperando siempre nuestra respuesta. Dios siempre quiere la salvación del hombre y la ofrece a todos. El problema es si el hombre "quiere". Por naturaleza está dotado de la capacidad de escuchar la Palabra de Dios. El problema no consiste en si hay o no hay una Palabra de Dios para el hombre. Existe y se la ofrece siempre. El problema se plantea acerca de si el hombre está dispuesto a oírle o no. Todos cuantos responden con la sinceridad de sus corazones, constituyen el Pueblo de Dios, hombres de todos los pueblos y de todas las religiones, aun de entre los que se dicen ateos de buena voluntad que buscan la verdad y siguen los imperativos de su conciencia. El poder de responder ya es un don de Dios y una gracia de salvación operando en la historia.

Todos estamos llamados, todos debemos buscar a Dios, abrirnos filialmente a él. Si el hombre se

cierra se está volviendo contra sí mismo; construye un camino que va descaminado porque no conduce al punto omega (final) y al Reino.

El hombre se siente continuamente interpelado por Dios; está siendo constantemente llamado "muchas veces y de muchas maneras". En primer lugar cada persona individual por medio de su conciencia. Después, de modo oficial y público por medio de las religiones, especialmente reflejada, para nosotros, en la Iglesia, comunidad de fieles. Por la vocación, Dios se dirige directamente al hombre, aun cuando su mensaje le llegue siempre mediatizado por la vida, por la historia o por otros canales.

No hay que imaginarse la revelación de Dios como algo milagroso, como si Dios interviniese dentro de la historia del mundo. Tampoco ha de pensarse esa palabra como un oráculo, como un acervo de verdades y de soluciones prefabricadas para todos los problemas del mundo. La Palabra de Dios no nos dispensa de pensar, tantear, buscar, esperar, tomar decisiones.

El hombre se enfrenta con la vida, con su pasado, presente y futuro; busca un sentido último y transcendente a todo. En los hechos que vivencia personal y comunitariamente, no ve únicamente la dimensión política, económica, ideológica, etc..., sino que indaga en ellos un sentido que le diga algo y que le sea absolutamente importante.

La historia de la salvación no es una historia dentro de la historia, sino la misma historia vista a partir de su Sentido Último, revelado como Dios.

Dios se comunica constantemente con los hombres. Las religiones del mundo suponen intentos y reacciones humanas ante la propuesta de Dios; por eso, a pesar de los errores que puedan contener, no son meramente naturales sino que nacen de una respuesta dada a una propuesta sobrenatural y divina previa.

Quizás un ejemplo de lo que puede hoy ser, en la vida y en la historia, el proceso revelador de Dios nos muestra dónde y en qué horizonte de comprensión debe ser situado. Imaginemos a alguien puesto en una situación en la que debe tomar una decisión importante para su vida: elección de una vocación, de una profesión o de un(a) compañero(a) de por vida. generalmente las personas entran en una especie de crisis. Ven varias posibilidades y las posibles consecuencias de la decisión que tomen. Surge la inquietud; no se puede permanecer en la indecisión. Se piensa y se repiensa, se pesan y sopesan argumentos, se consultan amigos y consejeros. En realidad se trata de algo de gran importancia. Nadie podrá sustituir en la decisión, ni el consejero ni ninguna otra autoridad exterior o superior. La ansiedad puede ir aumentando cada vez más; la crisis se agudiza y va acrisolando a la persona para que asuma los riesgos de una decisión. Tras cierta maduración, surge una decisión firme a favor de la vocación o del compañero(a) con quien caminará junto(a) por la vida.

Esta decisión equivale a una voz que emerge de las profundidades y de la globalidad de la situación. No es un oráculo misterioso, ni nos dispensa de reflexionar y tantear, pero nos colocó ante una situación en la que nos sentimos enfrentados a una perspectiva última. Aunque siga en pie el equilibrio de las posibilidades, surgió en nosotros el vigor para una decisión con todas las consecuencias y también con todas las posibilidades de error implícitos en ella. Esa decisión elimina ansiedades y nos hace salir de la crisis. En esa situación el hombre fue oyente de la Palabra de Dios, que se hizo escuchar desde dentro de la situación como sentido, como algo que me alude definitivamente y desafía mi conciencia. Ahí aparece la responsabilidad y el hombre se define a sí mismo ante la vida y ante el Sentido que latentemente es Dios.

La Palabra de Dios es una estructura de la misma vida porque el hombre es oyente-de-la-palabra-de-Dios. Puede oírla perfectamente o cerrarse a ella. Ella sale al encuentro en la cotidianidad, en los momentos de crisis y decisión, lo mismo que en los momentos de gozo tranquilo cuando se viven los resultados y decisiones tomados en la fidelidad a un camino o proyecto de vida. La historia es,

por tanto, el lugar de la revelación de Dios.

Si, como hemos dicho, Dios todo lo penetra y circunda, queda de manifiesto que todo cuanto existe es teofanía, revelación, manifestación y Palabra de Dios. Tarea nuestra es agudizar el oído y captar a Dios, siempre presente entre las cosas. La conciencia es el tímpano de su vibración y captación.

Todo hombre percibe que la conciencia es mayor que él mismo. Él no tiene poder sobre ella; no la creó y no puede destruirla. Pero puede desobedecerla, negarla, violentarla. Pero hacerla callar, no podemos.

La existencia en nosotros de la conciencia nos eleva por encima de nosotros mismos y nos sitúa ante el que habla en nosotros, Dios. La conciencia que nos llama al bien, nos convoca a la responsabilidad o apela constantemente para que nos abramos a los otros, es la voz de Dios que nos alcanza. Por eso constituye la norma inmediata de nuestras acciones. No es anterior la ley ni el orden del superior civil o religioso, sino la conciencia, como norma interior y última instancia. Ella es intocable y suprema. Hasta Dios la respeta y juzga a cada cual según la sinceridad de su conciencia. El respeto que se le debe es tan grande que hasta una conciencia invenciblemente errónea debe ser escuchada y seguida. El Concilio Vaticano II enseña claramente: "Aun cuando cometa invenciblemente error, no pierde dignidad" (G.S. nº 16). Tiene una conciencia invenciblemente errónea, quien buscando con sinceridad y esfuerzo, preguntando, estudiando, cuestionándose a sí mismo y criticando sus propias convicciones íntimas, aun así cae en error. Quien hiciere todo esto, tiene derecho a ser respetado y oído en sus convicciones, y a actuar en consecuencia.

Seguir la propia conciencia es un derecho fundamental de todo hombre pues a través de ella es como oye la llamada y la Palabra de Dios. Sin embargo el hombre está solo en este mundo. Su conciencia está situada dentro de un contexto humano e histórico que la somete a su influjo.

La conciencia que pretenda ser veraz deberá forzosamente ser crítica; deberá preguntarse a sí misma si lo que escucha es la voz del sistema, del superego social, de la moda, de las convenciones, de los periódicos, de las informaciones de radio y de la TV, o si realmente es la voz de los imperativos que resuenan en su interior y llegan al corazón de una situación.

La conciencia es el órgano mediante el cual Dios habla individualmente al corazón de cada persona. En eso reside la radical dignidad del hombre y su inviolabilidad, pues está en contacto con el Misterio absoluto, no manipulable y sacrosanto. Para que la conciencia pueda seguir siendo lo que debe ser, necesita de una crítica diáfana ya que puede ser manipulada inconscientemente. Si sigue siendo crítica podrá discernir la voz de Dios por entre el vocerío de los tiempos.

La vocación cristiana

Si el hombre debe seguir la voz interior de su conciencia porque es la voz de Dios, debe también seguir la voz de Dios que habla desde fuera de Él, por medio de la comunidad de fe, la Iglesia. Antes que nada, y de forma definitiva, Dios ha hablado a los hombres en Jesucristo. Él era la Palabra de Dios que puso su tienda entre nosotros (Jn. 1,14). Quien hablaba con Jesús dialogaba con Dios (Jn. 14,8). Cristo era el sacramento del Padre hasta el punto de ser uno con él. Al ascender al cielo, esa función reveladora y explicitadora de Dios pasó a la Iglesia.

Así como Cristo era el sacramento del Padre, la Iglesia es el sacramento de Cristo. Por su medio Cristo adquiere forma concreta en el mundo. Quien vive en la comunidad de fe que es la Iglesia, vive en Cristo.

Todo hombre que oye la Palabra de Dios y sigue con sinceridad su conciencia es un cristiano, pero todavía anónimo y latente. Si todos los hombres que escuchan la Palabra de Dios que se hace oír dentro de la vida son cristianos, aun cuando latentes, ¿qué significa entonces ser cristiano patente? Ser cristiano patente o explícito significa, haber experimentado un crecimiento en la conciencia de la realidad religiosa. Ser cristiano patente es poder vivir dentro del horizonte de conciencia que contempla toda la historia humana como una historia de salvación y como historia del misterio de Cristo que actúa ayer, hoy y mañana. El cristiano explícito es, por vocación, católico; con ello queremos decir que ve y contempla todas las realidades, aun las más distantes y diversas, como manifestaciones de Dios y de Cristo. Nada le es ajeno. Descubre la identidad del misterio divino y de Cristo en las diferencias de religión, de cultura, de lengua y de tiempo. Nada hay al margen de Dios o de Cristo. De este modo el cristiano explícito es un católico, porque tiene y es un espíritu universal.

No se afirma con esto que acepte todo y no mantenga su espíritu crítico. Rechaza y se debate, porque aunque todo reposa en el misterio de Dios y de Cristo, se da también la respuesta humana fallida y ambigua.

El cristiano explícito profesa además de modo universal el sentido radical del mundo y del hombre. Ese sentido se manifestó en la historia y de forma definitiva en el camino de Jesús de Nazaret muerto y resucitado. No se nos han prometido la muerte y la aniquilación del mundo, sino la total eclosión de lo que ya descubrimos en él como valor y bondad. Aun lo que parecía un antivalor aparece en Cristo con sentido y con futuro. El muerto, el ofendido y derrotado, el que ha sufrido injusticia y el último de la tierra alcanza y posee su puesto ante Dios. La resurrección nos lo reveló por medio de aquél a quien Dios mismo había abandonado (Mc. 15, 43), por medio de aquél que se convirtió en maldito según la ley (Gal. 3, 13; Hbr. 4, 15); ése fue el que resucitó alcanzando con ello el máximo de hominización y divinización.

La vivencia coherente de esta visión implica un hombre nuevo y renovado, liberado ya de la carga excesiva del pasado y abierto a la novedad cotidiana de Dios. En nombre del reino futuro se opone a los reinos presentes que se absolutizan y pretenden presentarse como la respuesta al problema humano, ya sean reinos de tipo político, ideológico, científico y hasta religioso.

Esta perspectiva de futuro hace que el cristianismo sea un atractivo permanente para los seres humanos, y en especial para los más exigentes. A pesar de la mediocridad de la Iglesia institucional, de sus hombres y de sus doctrinas, el cristianismo mantiene constantemente la fascinación que heredó de Jesús: la perspectiva radical, la dimensión de futuro, y el anuncio de un resultado feliz para el hombre y para el cosmos.

De este manera, el cristiano, como Jesús, es por excelencia un hombre de la reconciliación universal. Todas las tensiones y diferencias son contempladas desde una unidad más profunda, la del misterio de Dios y de Cristo que se manifiesta y actúa a través de todo. No pretende nivelar ni homogeneizarlo todo, sino que intenta percibir la identidad divina en la diversidad de sus articulaciones y manifestaciones, respetándolas como rostros nuevos, mediante los cuáles aquélla se manifiesta y comunica al mundo. Si critica y acrisola lo que asume, no lo hace con el objeto de rechazar, sino para que toda sea, dentro de su peculiar diferencia, cada vez más transparente y límpido respecto al Misterio único de Dios y de Cristo.

Vocaciones dentro de la Iglesia

La Iglesia es un cuerpo que posee muchas funciones. En ella todos disponen de su carisma. Carisma, por expresarlo de alguna manera, significa fundamentalmente un servicio. De ahí que todos posean su servicio y ejerzan su función. Unos son llamados para un servicio determinado, otros para otro y todos reciben la

vocación de vivir la reconciliación de Cristo y por lo mismo la vocación a ejercer su sacerdocio.

Cada cual ha de auscultarse a sí mismo y descubrir cuáles son las aptitudes que Dios le dio y cómo puede ejercerlas a su vez en beneficio de los demás.

El sacerdocio: vocación y misión de todos los seglares

Decir que el cristiano explícito deber ser, a imitación de Jesús, un hombre de reconciliación universal es situarse ya en el corazón de la esencia y del sentido del sacerdocio.

Estamos demasiado habituados a pensar el sacerdocio como cualidad de un determinado grupo social, los "sacerdotes", que tienen como misión el servicio del culto y de la palabra sagrada, en tanto que los seglares la tienen en la profanidad del mundo. Olvidamos sin embargo que, a partir de Jesús, el sacerdocio ya no es específico de un grupo sino una dimensión de todo hombre cristiano. Existe una tarea sacerdotal que ha de ser realizada por todos: la reconciliación, la mediación y la unión de los hombres entre sí y con Dios. Jesús no fue sociológicamente un sacerdote. Fue un laico. Y sin embargo el Nuevo Testamento lo nombra sacerdote por el hecho de haber ejercido una función reconciliadora entre los hombres, redimiéndolos y elevándolos a la más alta unidad entre sí y con Dios. En razón de tal gesto puede ser llamado en justicia sacerdote, y aún más: Supremo y definitivo sacerdote. A este nivel de reflexión, el sacerdote no puede definirse por contraposición al laico, pues también el seglar es sacerdote. Tal vez nada caracterice más exactamente al seglar que su sacerdocio. Por esa razón, en lugar de reflexionar sobre la misión y las tareas de los seglares. abordaremos el sacerdocio como tema fundamental y horizonte más amplio dentro del cual se comprende la vocación del seglar.

La palabra "laico" viene de "laos", "laikos" que, en griego significan pueblo y miembro del pueblo. En la medida en que son miembros del pueblo de Dios, también el Papa, los obispos y los presbíteros son laicos. Todos participan del sacerdocio reconciliador de Cristo y lo realizan dentro del contexto de la humanidad y de la Iglesia de modos diversos.

Jesús no era sociológicamente sacerdote, es decir, era laico. Lo específicamente nuevo de su servicio reconciliador-sacerdotal reside en su universalidad. Su diaconía sacerdotal es universal y cubre toda la vida y no sólo una parte de ella; alcanza a todos y no únicamente a una clase; prefiere a aquellos que, según los cánones de la época, eran considerados pecadores públicos, marginados social o religiosamente. Su proximidad a los marginados no nació de humanitarismo o de otro motivo reivindicador de tipo social o cúltico. Con su actitud quiere mostrar en concreto quién es el Dios a quien él anuncia. Si Dios es el Dios del hijo pródigo, de la oveja descarriada, de la dracma perdida, Dios no hace acepción de personas (Mt. 5,45) sino que es alguien para quien, en un primer momento, no existen buenos y malos, sino hijos suyos queridos. Ama y ofrece su salvación a todos. Jesús muestra y concretiza cómo es Dios, viviendo, a imitación de Dios, el amor universal e indiscriminado a buenos y malos, a justos e injustos.

Su vida fue una vida-para-los-otros. La clave de su predicación ética es el amor. Amor significa para Jesús, no la simpatía universal a nivel de sentimiento recíproco, sino que Amor significa la capacidad de transformar las relaciones humanas de dominación, de amigo-enemigo, en relaciones fraternas. La reconciliación, el amor, el perdón, la total apertura para todos y para todo, son los temas fundamentales de su doctrina.

Su conflicto con la ley y con las tradiciones religiosas del pueblo, tiene origen en sus exigencias de misericordia, amor y perdón. Su nueva doctrina (Mc. 1, 27) se convirtió en signo de contradicción. Su persona

que unía, exigía conversión en la línea del amor y no de la ley, provocó en todos una crisis religiosa. Unos decían: realmente éste es un profeta. Y otros: éste es el Mesías. Otros replicaban: ¿Acaso puede salir algo bueno de Galilea? (Jn. 7, 40-43: esto supone una crisis entre el pueblo). Los había también que decían que era demoníaco y que hacía sus obras en nombre de Belzebú (Jn. 10, 19-21); otros finalmente lo consideraban Hijo de Dios.

Los que aceptaron su mensaje percibieron quién había sido él: la historia del amor en el mundo. A pastores despreciados se les revelan los misterios inefables de la gracia en el mundo; sus discípulos, por amor a él, abandonan todo, casas y hermanos, padres, mujer e hijos (Mt. 19, 29); los pobres se apiñan en su derredor. Zaqueo recibe con presteza y alegría la visita a su casa y se reconcilia con sus clientes (Lc. 19, 1-10). La pecadora le ofrece perfumes y lágrimas (Mc. 14, 3-9). En la cruz perdona a todos y uno de los ladrones, impresionado, cree y se convierte. Alzado en la cruz iba a atraer todo a sí.

La cruz no significa únicamente un hecho histórico. Posee un significado representativo de toda la vida de Cristo en cuanto ser-para-los-otros. En ella llevó a cabo su máxima reconciliación; aceptó la cruz como drama y sacrificio de la propia vida y de su misma misión de unificar. Históricamente supone un fracaso. En la fe y en la interpretación que Jesús le da (Mc. 10, 45), es la máxima libertad como total renuncia de poder, de voluntad de vencer y de exigencia de eficiencia. La cruz no se coloca en el santo de los santos del templo, es decir, en su espacio cúltico. Está afuera, en la profanidad del mundo: Él murió fuera de la ciudad y lejos de la convivencia humana (Hbr. 13, 13). Su sacrificio ya no es el antiguo sacrificio cúltico, sino un sacrificio en el corazón del mundo y de la vida alienada e irreconciliada, tal como significaba el morir fuera de la ciudad y lejos de toda referencia a lo sagrado. Cristo, al morir en la maldición quiso reconciliar hasta lo maldito y lo más profundamente profano. Nada escapa a su reconciliación.

Cristiano es quien se ha decidido por Cristo, el que orienta su vida conforme al modelo de vida que quedó patente en la actuación de Jesucristo. Su vida lo fue de reconciliación, de superación de divisiones y de total amor. Eso constituía su ser-sacerdotal. Se deduce de ello que el ser-sacerdotal habrá que entenderlo en un sentido dinámico y no estático; no es en primer lugar un estado, sino una actitud y un comportamiento. El cristiano que vive la realidad reconciliadora es, a semejanza de Cristo y participando de él, un sacerdote. Ser sacerdote no es exclusivo de un grupo de personas, sino una característica de todo aquél que se adhiere a Cristo por la fe y por el sacramento.

Se sigue de aquí que la diferencia entre la jerarquía y el laicado no es primaria en la Iglesia. Es secundaria y sólo se puede constituir a partir de la igualdad fundamental del único pueblo de Dios, al servicio de ese pueblo y no por encima de él. Por consiguiente, las diversas funciones ministeriales eclesiásticas, desde el Papa hasta el que administra la eucaristía, sólo se entienden en el contexto de la comunidad del pueblo de Dios y a su favor. No son instancias independientes e instituidas al margen del pueblo de Dios y sobre él, sino que son articulaciones de servicio del poder dado por Cristo a toda la Iglesia.

A partir de esa comprensión, se entiende cada vez mejor la función de los laicos. En cuanto miembros del pueblo de Dios (que es lo que significa propiamente laico) son portadores de la misión y de la responsabilidad de toda la comunidad. Por eso deben participar en la vida de la Iglesia, no como una concesión sino como un derecho de tipo divino; deben ayudar a llevar las responsabilidades de gobierno, de enseñanza y de santificación a los niveles de organización parroquial, diocesana y universal. No sólo el episcopado con el Papa están organizados colegialmente, sino que todo el pueblo de Dios está organizado en una estructura colegial en la que los que son iguales desempeñan funciones diferentes, de acuerdo con el carisma de servicio con el que hayan sido dotados.

Por eso las profesiones que nos insertan en el mundo del trabajo y de la sociedad pueden ser ejercidas en el contexto de una perspectiva sacerdotal. El enfermero cuando cuida al enfermo, el médico cuando atiende al paciente, el psicoterapeuta cuando analiza al cliente, el asistente social cuando ayuda al desamparado, el

profesor cuando enseña al alumno, el abogado cuando orienta al que le consulta, todos éstos y todos en general, pueden hacer de su profesión algo más que un medio de ganarse el pan. Pueden transformarla en un medio para aproximar más a los hombres entre ellos mismos y con Dios, para superar las divisiones y escisiones innecesarias y, a veces, para soportar las inevitables, reconciliando dimensiones de la vida humana cargadas de conflictividad. Todo eso significa ejercer en cuanto laicos su vocación sacerdotal en el sentido vasto y profundo en que fue vivida en manera ejemplar por Jesucristo.

Diferencia entre sacerdocio y sacerdocio ministerial

El carisma de la unidad debe estar al servicio de todos los carismas; es un servicio entre otros servicios, pero con la orientación especialísima de ser el elemento-puente entre las diversas funciones dentro de la comunidad.

En esto reside la esencia y el sentido del sacerdote ministerial, en coordinar los carismas, ordenarlos hacia un proyecto unitario, saber descubrir carismas existentes y no reconocidos, promover unos, animar otros, llamar la atención y exhortar a aquéllos que quizás están poniendo en peligro la unidad de la comunidad. Como dice muy bien Walter Kasper, "su función no es la acumulación sino la integración de los carismas".

Como se ve, esta comprensión carismática de la Iglesia y del sacerdote ministerial no excluye, sino que incluye a la jerarquía en la Iglesia. Ésta es un carisma permanente, un verdadero estado carismático, porque responde a una necesidad permanente de la Iglesia: la de la unidad entre todos.

El cristianismo es la vivencia de una persona

El cristianismo en vez de ser una doctrina más sobre Dios, el hombre y el mundo, quiere ser la vivencia concreta de una persona y la celebración de su presencia actual dentro de la historia de los hombres. Cristo no vino a trazar un camino, revelar una verdad o a encender una luz. Se presentó a sí mismo como el camino, la verdad y la vida. No como una vía para la salvación sino como la salvación misma. Él es el Sí y el Amén definitivo de Dios a los hombres (2ª Cor. 1, 20). Con él ya ha irrumpido el hombre nuevo y el futuro que todos esperan aún (2ª Cor. 5, 17; Ef. 2, 1ss.; 4, 24). El cristiano, por medio de la fe, de la Iglesia y del amor fraterno, participa ya ahora de esta novedad existencial. Se siente en verdad peregrino y pecador, pero en la esperanza ya es libre y está en la casa paterna (Rom. 8, 24), porque "experimentó las fuerzas del siglo futuro" (Hbr. 6, 5) dentro de este mundo.

Por lo que acabamos de ver, el cristianismo no pretende ser una estructura impuesta a la vida. Todo lo contrario:

- Quiere ser la mejor expresión de la profundidad de la vida.
- Afirma que ella posee un sentido radical.
- Que ese sentido es plenificador del hombre y del mundo.
- Que la vida debe ser celebrada porque está envuelta y penetrada toda ella por el misterio inefable

de Dios.

% Que Dios no es el ser más desconocido al hombre, sino que por el contrario, traspasa la atmósfera y el fundamento de todo cuanto existe y cuanto somos.

Por eso Él es lo que mejor conocemos, aun cuando no nos demos cuenta. Por eso el drama de la existencia humana es vivir alienada de la propia raíz, extraviada lejos de su fuente. El cristiano hace profesión de vivir siempre a partir de la fuente, de intentar, en todo lo que hace y en todas las cosas, descubrir los signos de la presencia de Dios. Esto es una tarea que ha de ser realizada constantemente. Y nunca llegamos a su fin. Porque estamos todavía en camino. Sin embargo en ese camino es donde se halla la llegada. El punto final no está al término del camino, sino en cada paso dado con sinceridad. Es ahí donde Dios se da en la gratuidad y en el don, aun cuando sea bajo una forma imperfecta y transitoria. Saborear y celebrar con la jovialidad divina el encuentro con Dios y con su Misterio encarnado en Jesucristo al interior de las realizaciones terrenas y relativas: he ahí la esencia del ser cristiano y la raíz fontal de toda vida cristiana.